

## SINTESIS DE LAS RESPUESTAS A LAS FICHAS BIBLICAS

### Itinerario 2007/2008 hacia el Seminario sobre el Ministerio de Cura Pastoral



Queridas hermanas, la gracia y la paz de Cristo Buen Pastor sea con cada una de ustedes. Antes que todo, queremos agradecer a Dios por el camino que estamos haciendo en preparación al Seminario sobre nuestro Ministerio de Cura Pastoral. Ha sido bellissimo ver, a través de la participación de ustedes a las Fichas bíblicas enviadas en el 2007/2008, como realmente es Dios quien nos conduce. Ya el hecho de que varias hermanas y comunidades, hayan dedicado tiempo para entrar en la escucha de la Palabra del Señor y compartir juntas la experiencia de Dios y los desafíos que la misma Palabra pone a nuestra Congregación, en este momento de la historia, ha llenado de vida este Seminario.

De hecho, de la experiencia de vida de cuantas han querido libremente compartir la propia oración de la Palabra, surge la vivencia de nuestro *Ministerio de Cura Pastoral*, aquellos aspectos que ya hemos interiorizado, lo que Dios espera de nosotras y lo que todavía debemos reforzar, para ser cada vez más fieles al Señor en nuestra vocación pastoral.

Mientras les escribimos esta síntesis posterior, teniendo presentes las síntesis que llegaron de todas las naciones donde estamos presentes, las pensamos en medio del pueblo de Dios, todas empeñadas en el cuidar la vida de fe de los adultos, de los jóvenes, de las familias, de los niños, de los enfermos, de los pobres de pan y de sentido de la vida, en la comunidad, en las parroquias, en las diócesis, en las ciudades, en los barrios, en las "favelas", en las islas más lejanas, o en cualquier lugar donde el Buen Pastor nos ha llamado, a hacer presente nuestra atención amorosa hacia todos.

Precisamente de esta realidad surge el primer punto propuesto por el itinerario paulino que hemos recorrido en oración: ¿Por qué asumimos el cuidado del pueblo de Dios? ¿Qué nos sostiene en los momentos fáciles y en los momentos difíciles de nuestra misión? ¿Qué es lo que nos hace permanecer fieles a sembrar con esperanza, precisamente ante un mundo lleno de injusticia, donde parece faltar el sentido de la vida?

Para recorrer lo que el Apóstol Pablo, con sus cartas, ha suscitado en nosotras a lo largo del itinerario, nos dejamos guiar ahora, por algunos versículos de la primera carta de Pedro, que para nosotras es tan querida; así tendremos la posibilidad de gustar la profunda sintonía teológica y espiritual que une el ministerio de los dos grandes Apóstoles y Pastores, que se nos dieron como modelo.

### *“... porque Él cuida de vosotros” (1 P 5,7)*

En diferentes formas hemos afirmado que nuestro ministerio de cura pastoral es fruto, que resulta de nuestra relación personal con Jesús Buen Pastor. En nuestro camino personal y comunitario hacemos la experiencia de ser cuidadas por Él, amadas por Él con un amor gratuito y eterno. De esta fuente de Vida brota el mandato de cuidar los unos de los otros y la fuerza y las modalidades para realizarlo. En este camino de intimidad con Jesús en la participación a su Misterio Pascual aprendemos cada día a entregar toda nuestra vida, descubriendo la fecundidad del sufrimiento vivido con Cristo, conscientes que el Evangelio brilla en la debilidad y que la prueba, une nuestro sacrificio al grande sacrificio de Cristo por la humanidad. En su abandono confiado en las manos del Padre, nuestro abandono. Solamente así, podemos ser en medio del pueblo signo transparente de su Amor, sacramento de su presencia y cuidado amoroso para todos.

En este sentido es fuerte la consciencia de que la cura pastoral no es una obra nuestra, sino una obra que Dios realiza a través de nosotras, cuya fecundidad no depende de nuestra fuerza de voluntad, sino de la acción de Dios, como consecuencia de nuestra relación con Él.

De aquí nace también la exigencia de centrar nuestra vida en Cristo y de radicarnos en el camino de conformación a Él. Surge con claridad que lo que favorece este camino es: dejarse conducir por el Espíritu en la escucha cotidiana de la Palabra y del alimento con la Eucaristía. Aparece también, la necesidad de reforzar la lectura, la contemplación y el gusto por la Palabra; permaneciendo en la escucha orante de Aquel que nos habla en íntima relación con Él para aprender su modo de cuidar el pueblo.

Así poco a poco, podemos dejarnos convertir por el Señor para que Él se puede encarnar en nosotras. También en este sentido evidenciamos la necesidad de vivir, primero nosotras, la experiencia de ser amadas, salvadas, perdonadas por Dios, en el empeño de custodiar día tras día ésta memoria salvífica; de tal manera que podamos recordarla en los momentos de prueba y de dificultad, alimentando siempre un corazón agradecido y abierto a todos.

### *“Sed sobrios y velad...” (1 P 5,8)*

Para dejar que Dios cuide de nosotras y podamos dedicarnos al cuidado de su pueblo, en distintos modos, en nuestras respuestas a las fichas, subrayamos la necesidad de un camino ascético. Nos damos cuenta de cómo tantas veces, inmersas en un grande activismo, dejamos de lado la íntima relación con el Señor, y como consecuencia nos convertimos en las protagonistas del cuidado pastoral y no Él. De aquí el cansancio, la falta de frutos, la esterilidad, la pérdida de motivaciones.

Como San Pablo, nos damos cuenta que *“no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco”* (Rm. 7,15). De hecho, aún conociendo la importancia de cuidar nuestra vida espiritual, no siempre podemos dedicar tiempo y energías para hacerlo. De ahí la necesidad de vivir la lucha espiritual contra todo lo que pueda separarnos de Dios.

En este sentido, ante los desafíos del mundo actual, la principal necesidad que sentimos, es la de asumir una actitud de continuo discernimiento: vigilar sobre pensamientos y sentimientos, purificando constantemente la mente, la voluntad, el corazón, de tal forma que adquirimos aquella libertad interior que nos hace abiertas y atentas a los otros, buscando en la vida y en la misión solo que «Dios» quiere y no lo que quiere nuestro «yo». En este sentido, parece que todas, aunque con

dificultad, somos conscientes de la importancia de conocer a Cristo y su voluntad, a través del examen de conciencia cotidiano, que el Fundador tantas veces nos ha recomendado como instrumento eficaz.

Nos damos cuenta también de la necesidad de hacer referencia a un guía espiritual. Solo si nos dejamos acompañar por Dios a través de la paternidad/maternidad espiritual de otra persona, podemos estar en grado de acompañar a otros y de vivir nuestro ministerio de cura también como acompañamiento espiritual de las personas que se nos han confiado. Hacerse acompañar para poder acompañar.

Las respuestas a las fichas, nacidas en la oración, resaltan también la falta de un constante y asiduo estudio, que no sea solo con el objetivo de una preparación inmediata al apostolado, sino que sea alimento de la vida interior y empeño continuo de una formación personal permanente, para cultivar la estudiosidad de la cual nos hablaba siempre el Padre Alberione.

### *“... Revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones...” (1Pt. 5,5)*

Otro aspecto que surge con claridad de las respuestas a las fichas, es que nosotras Pastorcitas no ejercemos nuestro ministerio de cura pastoral a nombre propio, sino como comunidad. Estamos convencidas de la necesidad de caminar juntas haciendo memoria de la obra que Dios realiza en nosotras y a través de nosotras. Una hermana ha usado esta bella expresión: *“ya no es tiempo de autoafirmación sino de trabajo comunitario, en el estilo de Jesús Buen Pastor”*.

Ha crecido la conciencia de la urgencia de una auténtica vida comunitaria, que nos sostenga para permanecer fieles al Señor en nuestro ministerio eclesial. Tenemos necesidad de expresar visiblemente nuestro ser Iglesia, cuerpo de Cristo, unido en la comunión de la fe y de la caridad, prontas a la ayuda y a animarnos mutuamente para vivir en actitud de compartir, de entrega, de gratuidad. Somos conscientes que esto no se hace solamente con buena voluntad, sino que requiere empeño cotidiano en el acogernos recíprocamente, con nuestras capacidades y límites. Esto nos pide ir a la fuente de aquella experiencia personal de Dios, que nos permite acoger a la otra como es, cuidando al mismo tiempo la profunda comunicación.

De hecho cada vez es más fuerte en nuestras comunidades, la necesidad de compartir la experiencia de Dios, que favorezca entre nosotras la comunicación de vida que es don del Espíritu y no solamente lo que se realiza.

La necesidad de custodiar la vida comunitaria, como lugar en el cual nos entrenamos para el cuidado del pueblo de Dios, se hace cada vez más intenso. También subrayamos con claridad la tentación de vivir una vida comunitaria más bien formal, con relaciones fraternas que no requieran demasiado empeño. Las exigencias de la vida fraterna tantas veces son desatendidas porque se asumen empeños que absorben y quitan el tiempo a los momentos comunitarios. En este sentido somos conscientes que no es auténtico el cuidado del pueblo que prescindiera de la comunidad. Todas subrayamos cuánto sea necesario crecer en un estilo de vida que sea testimonio del Amor de Dios; solo una vida bella podrá despertar en las jóvenes generaciones el deseo del seguimiento de Jesús en nuestra Congregación.

## *“Apacentad la grey de Dios que os está encomendada...” (1Pt. 5,2)*

La experiencia que hacemos del cuidado amoroso que Dios que nos tiene, vivida entre nosotras, no nos deja quedarnos encerradas en nosotras mismas. Y aquí regresamos a las preguntas iniciales: lo que vivimos en la relación íntima con el Señor, custodiado en la comunidad, no podemos dejarlo sólo para nosotras: la experiencia de ser amadas por Dios nos hace encontrar caminos que lleven a cada persona al encuentro con Él. Estando en silencio, en la escucha del Señor, percibimos el grito que viene de la humanidad de hoy, sus deseos reales, sus inquietudes, los clamores de los cuales el corazón humano no siempre es consciente.

De las respuestas a las fichas surge también la necesidad de un cuidado pastoral encarnado en la realidad, ya que nuestro ministerio se orienta a situaciones concretas del mundo y de las personas que nos han sido confiadas. De aquí el empeño de acoger a las personas como son, como lo ha hecho Jesús Buen Pastor, cuya presencia no fue de amenaza sino de liberación. Frecuentemente se ha subrayado, como exigencia de nuestro cuidado, un continuo despojarnos de nosotras mismas, asumiendo las varias culturas y ayudándoles a confrontarse con el Evangelio.

En este sentido somos conscientes que debemos hacer que el Evangelio, es decir Jesús mismo, llegue al corazón de cada persona, pero para poderlo hacer es necesario dejarnos evangelizar, como discípulas-misioneras. Vivir en medio de la gente, compartiendo su vida sin tantas exigencias, permaneciendo a la escucha de las situaciones, hablando su lenguaje, es un desafío que sentimos fuertemente. Queremos estar atentas a la realidad del mundo actual, pero también tantas veces nos acompaña un sentimiento de miedo, de desconfianza ante las múltiples necesidades de la gente y por nuestra falta de preparación. Sin embargo, surge la certeza que solo permaneciendo en el Señor, en la fuerza de su Palabra, podemos encontrar el camino para responder a las necesidades del mundo de hoy. De hecho, sentimos la llamada de Dios a la búsqueda de nuevos caminos en la misión, teniendo el valor de trabajar con las nuevas pobrezas, mirando con claridad lo que está sucediendo en el planeta y las causas de tales eventos.

Otro punto que se va clarificando siempre más, es el de reconocer que nuestra misión de cura pastoral debe favorecer una fuerte experiencia de salvación y llevar al encuentro con Cristo. Por lo tanto, nos corresponde a nosotras como misión, acompañar a cada persona y las comunidades en su camino de fe. Un cuidado integral de la persona y de las comunidades educando a la reciprocidad y a la solidaridad. Esto exige aceptar los desafíos de educar a las personas, a vivir una relación vital con Dios en la escucha de la Palabra y en el cuidado de los grupos que se reúnen en torno al Evangelio.

Aparece también la misionariedad como algo para redescubrir en la Congregación. Hacer surgir el ardor misionero de nuestro carisma para ser primero discípulas y por lo tanto misioneras.

En conclusión, podemos decir que en la vivencia de las Pastorcitas presentes en todo el mundo, surge la conciencia que nuestro ministerio pastoral es ante todo el compartir la experiencia de vida: nuestro ser cuidadas por Dios lo vivimos y lo custodiamos en nuestras comunidades, como un testimonio de su Amor, de tal forma que Él, a través de nuestra pequeñez, pueda todavía hoy seguir cuidando su pueblo.

*Hermanas de Jesús Buen Pastor – Pastorcitas  
Roma - Casa General*